

Palabras de tigre

Luis Antonio de Villena

Conocí hace tiempo la poesía de Eduardo Lizalde (México, D.F. 1929) gracias a José Emilio Pacheco y estando yo en México. Era en 1992 y José Emilio –tan atento siempre– me obsequió un ejemplar de *Tabernarios y eróticos* –1989– que era el último libro que por entonces había publicado el poeta. Años después –siempre en el D. F.– y esta vez reunidos por Marie Jo Paz, lo conocí a él, director por entonces de la Biblioteca Nacional de México. Empiezo en este apunte biográfico para recalcar dos cosas: Eduardo Lizalde es uno de los pocos poetas altos de su generación que hasta hoy no había llegado a España, donde es claramente desconocido, al contrario que en México. Y empecé bien como lector de su obra, pues *Tabernarios y eróticos* (aparte de un excelente título) me sigue pareciendo uno de sus libros mejores.

En el prólogo a la antología que publica Visor, Marco Antonio Campos da alguna de las claves de la peculiaridad de Lizalde que no es pequeña. Aunque empezó a publicar más o menos cuando por edad le correspondía (su primer libro *La mala hora* es de 1956), años adelante Lizalde decidió casi partir de cero, como quien no hubiese hallado su voz, al denegar sitio a sus primeros libros que al parecer –no los he leído– estaban todos en una senda de realismo comprometido, en diferentes modos. Como tantos después, Lizalde dejó de creer en la estética de las revoluciones marxistas, al dejar de creer en esas revoluciones. Aunque su obsesión por el tigre lo avvicina más a Borges, en el plano político Lizalde estaría cercano al autor de *Tres tristes tigres*, sin la íntima amargura del cubano. Pero la poesía de Lizalde, la que se inaugura con *El tigre en la casa* de 1970 no es política, sino vitalista y

Eduardo Lizalde. *A la caza del tigre. (Antología personal)*. Edic. Marco Antonio Campos. Visor, Madrid, 2007. 222 páginas.

rebelde. Sólo ha salvado un libro anterior *Cada cosa es Babel* de 1966, que a mi me parece sobre todo un ejercicio lingüístico. A partir de *El tigre en casa* y hasta hoy (pues esta antología incluye algún poema de 2004 y 2005, aunque el último libro editado de Lizalde sea *Otros tigres* de 1995) la singular poesía de este autor se centra en tres episodios o temas básicos, a lo largo de libros distintos: la encumbración o el canto de las rebeldías y el amor físico (véase *La zorra enferma* de 1974), la obsesión por los tigres y en menor medida por otros felinos, que pasan a ser desde casi retratos naturalistas a fábulas o emblemas de la condición humana, y el recuento (renovado) de ciertos «topoi» poéticos, como la rosa, a la que dedica un libro de virtuoso, *Rosas* de 1994. Siempre espléndida de dicción y gusto, la poesía de Lizalde (ya lo avisé) es rara; para algunos será brillantemente superficial, algo así como la floritura de un poeta de la decadencia romana, según lo soñaban Verlaine o Samain, mientras que otros –y no hay contradicción en estas visiones tan opuestas– juzgarán su texto, rico en niveles textuales y semánticos, como un ejemplo perfecto –acaso demasiado perfecto– de la posmodernidad, que lucha por hallar caminos. Elogios de las putas, de las cantinas y de cierto desorden vital como lo más creativo o del amor y la belleza (como en el poema «Suerte te dé Dios») parecen lejanos al esplendor y odio que emanan de los mejores tigres, aunque también los haya parasitarios y hediondos «el glamoroso destructor grabado a fuego, musas,/ apesta», y desde luego más lejos aún de los juegos retóricos con las rosas y más haikús tigrescos: «Apenas alza el guepardo/ su cabeza de esfinge/ y ya sangra el antílope».

En realidad Eduardo Lizalde parece –de nuevo extrañeza– a ratos un culto cortesano aplicado de un reino inexistente, y en otros momentos un bohemio que recuerda la maravilla de no tener patria ni señor, en medio de mujeres y bebida. Quizá lo diga bien este verso: «La noche es para el tigre, el día para los otros.» ¿Quiénes son los tigres? Cada lector hará su lista, ayudado de algunos textos notables sobre tigres que Lizalde traduce (junto al original) en su último libro, desde el deslumbrante tigre de Blake –Tigre, tigre, ardiente brillo– a la pantera de Rilke, pasando por unas poco conocidas prosas poéticas de Valéry... Y sin embargo el último poema de esta antología «El gato» está entre los mejores

del vasto dominio férido: «Se sabe legendario y mágico... desde las grandiosas tinieblas milenarias...».

Quién lee por vez primera a Lizalde seguramente se debate en una paradoja: ¿qué canta esta poesía tan bien servida? ¿Un mallarmeameo hastío disfrazado de gozo y pasiones felinas? ¿Un desdén por el hombre que no sabe resolver su historia? ¿Una mera pulsión por un lenguaje llamado a la armonía, pero sin disco duro? ¿Un poeta galante o un poeta de camino y gresca? ¿Un sorprendente original o un virtuoso en los declives? Como sea, se trata de una poesía de muy aquilatada dicción que no sabe dejar indiferentes. O bailas su música o dirás que el rumor de la caravana se pierde a lo lejos... Y una pregunta final para quien lea: ¿Uniría a Lizalde con Álvaro Mutis? ¿No juegan ambos cartas distintas de una baraja idéntica? «Pero el tigre es chef-d'oeuvre» ©